VÍSPERA DE LA FIESTA DE LA VIRGEN DE LOURDES

HOMILÍA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II

Capilla Sixtina
Sábado 10 de febrero de 1979

Dios te salve, María...

Hoy me gustaría estar en espíritu en ese rincón de Francia donde desde hace 121 años no cesan de susurrar estas palabras los labios de miles y millones de hombres y mujeres, a partir del día en que fueron pronunciadas en ese lugar precisamente por una niña llena de asombro. La niña se llamaba Bernadette Soubirous, tenía catorce años, era hija de trabajadores modestos de Lourdes.

Dios te salve, María...

Con estas palabras saludamos siempre y en todas partes a la que las oyó por primera vez en Nazaret. Al recibir este saludo, fue llamada por su nombre; así la llamaba su familia y los vecinos que la conocían; con este nombre fue elegida por Dios. El Eterno la llamó por este nombre. ¡María! ¡Myriam!

Sin embargo, cuando Bernardita le preguntó su nombre, no contestó «María», sino «*Que soy era Immaculada Councepciou*», «Yo soy la Inmaculada Concepción». De este modo, se denominó a Sí misma en Lourdes con el hombre que le había dado Dios desde la eternidad; sí, desde toda la eternidad la escogió con este nombre y la destinó a ser la Madre de su Hijo, el Verbo Eterno. Y, en fin, este nombre de Inmaculada Concepción es mucho más profundo y más importante que el usado por sus padres y la gente conocida, el nombre que Ella oyó en el momento de la Anunciación: "Ave María".

Detengámonos en este saludo. Millones de labios humanos lo repiten cada día en toda clase de

lenguas y dialectos, en numerosos lugares del globo. Son millones también los peregrinos que las repiten a lo largo del año entre la gruta de Massabielle y el torrente del Gave. Hoy quiero pronunciar otra vez con todos este "Ave María", haciéndome peregrino con el espíritu y el corazón personalmente en ese lugar. Deseo llamar a la Madre de Dios por el nombre que tenía en la tierra, deseo saludarla con ese saludo que se puede calificar de "histórico" por el hecho de estar vinculado al momento decisivo de la historia de la salvación. Ese momento decisivo es a la vez el de su acto de fe, el de su respuesta de fe: «Bienaventurada Tú porque has creído» (*Lc* 1, 45).

Sí, María; lo que cuenta es ese día, esa hora, ese momento en que oíste este saludo con tu nombre: ¡Myriam! ¡María! Pues la historia de la salvación está inscrita en el tiempo de los hombres, marcada por horas, días y años. Asimismo esta historia adquiere dimensión de fe en la respuesta que da a Dios vivo el corazón humano. Entre esas respuestas, la que sigue al "Ave María" del Ángel en Nazaret señala la cumbre: «*Fiat*», «Hágase en mí según tu palabra».

¡Bienaventurada Tú porque has creído!

Es Isabel quien dirige a María esta bendición. No en el momento de la Anunciación, sino unas semanas después, cuando María fue a Ain Karim. Y estas palabras de Isabel, que era la persona más cercana a Ella espiritualmente, provocaron en María una nueva respuesta de fe: *Magnificat*!

Estamos acostumbrados a las palabras de este cántico. La Iglesia las ha hecho suyas. Siguiendo a la Madre de Dios, las repite para expresar sus alegrías más grandes o sencillamente para dar gracias: «Ha hecho en mí maravillas el Poderoso, cuyo nombre es santo. Su misericordia se derrama de generación en generación... Derribó a los potentados de sus tronos y ensalzó a los humildes. A los hambrientos los llenó de bienes y a los ricos los despidió vacíos...» (*Lc* 1, 49-50; 52-53).

Oímos muchas veces estas palabras. ¡Las repetimos tantas veces! Detengámonos un día, una vez, al menos (¿por qué no hoy?) ante esta admirable transparencia del Corazón de María; en Ella y a través de Ella habla Dios. Habla a un nivel que trasciende las palabras cotidianas del hombre y, quizá, hasta las mismas palabras que utilizaba *Myriam*, la joven de Nazaret, pariente de Isabel y Zacarías, desde hacía poco prometida de José. En realidad, ¿no es María como la Esposa del Espíritu Santo?

Es precisamente el Espíritu quien da tal transparencia a su Corazón —corazón humilde y sencillo de una niña de Nazaret— gracias «a lo que había prometido a Abraham y a su descendencia para siempre» (*Lc* 1, 55). Dios está presente también misteriosamente en toda la historia de los hombres, de las generaciones que se suceden, de los pueblos, capaz de suscitar de modo maravilloso transparencia, esperanza, llamada a la santidad, purificación, conversión. En este sentido está presente en la historia de los humildes... y de los poderosos; sí, en la historia de los hambrientos, oprimidos, marginados. que se saben amados por El, y con El recobran fuerzas,

dignidad, esperanza; y también en la historia de los ricos, de los opresores, de los hombres hartos de todo, que no escapan al juicio de Dios y están invitados también ellos a la humildad y a la justicia, a compartir los bienes, para entrar en su Reino. Dios está presente en la historia de los responsables y de las víctimas de la civilización del consumo que se va difundiendo; quiere liberar al hombre de la esclavitud de las cosas y llevarlo a retornar incesantemente al camino del amor a las personas —a Dios y a los hermanos— con espíritu de pureza, pobreza y sencillez.

Estas admirables palabras del *Magnificat*, quiero meditarlas hoy con los que toman parte en este sacrificio eucarístico, con los peregrinos de Lourdes, con toda la Iglesia.

Hoy se preguntan algunos sobre la misión de la Iglesia. Pero la Iglesia de nuestro tiempo, ¿acaso no puede entrever la verdad de su misión en estas palabras de María? ¿Es que éstas no contienen lo que podemos, queremos y debemos anunciar, proclamar y realizar en el vasto campo donde se entrelazan la "evangelización" y la "promoción humana", donde la primera reclama la segunda? ¿Acaso el *Magnificat* no nos da respuesta a la pregunta sobre el progreso y la promoción que se pretenden, y no nos da a conocer asimismo qué significa "evangelizar", anunciar la Buena Nueva a los hombres de hoy? Pues este "hoy", con sus miserias y sus signos de esperanza, constituye en todos los países un reto a la misión "profética" de la Iglesia y a su misión "maternal" al mismo tiempo. Se trata de abrir los corazones y mentalidades a Cristo, al Evangelio, a su escala de valores, para contribuir a la elevación de todo el hombre y todos los hombres, establecer un mundo menos indigno del hombre y del designio de Dios sobre él y, al mismo tiempo, preparar el Reino de los cielos.

Queridos hermanos y hermanas: Con profunda emoción celebro hoy esta Misa en lengua francesa en la Capilla Sixtina. Así puedo unirme espiritualmente en la liturgia eucarística con todos los que hablan esta lengua ¡y son tantos!, diseminados en muchos países y representados aquí, en Roma y en esta asamblea. Y puedo reunir en particular a los hijos e hijas de la Iglesia de esa gran nación francesa, cuya historia está vinculada de modo especial a la historia del Evangelio en Europa y en el mundo entero.

Tenemos la impresión de encontrarnos en Lourdes, a donde confluyen continuamente peregrinos de Francia y de todos los países:

— en Lourdes, que celebra, juntamente con Nevera, este año el centenario de la muerte de Bernardita;

— en Lourdes, donde el mensaje de María transmitido por Bernardita, invita sin cesar a las almas a la oración, a la penitencia, a la conversión, a la purificación, al gozo de la asamblea cristiana y, en una palabra, a una fe más fuerte;

— en Lourdes, donde tantos enfermos encuentran —si no la curación del cuerpo— al menos el

sentido cristiano de sus sufrimientos, la paz del amor de Dios y la acogida solícita de los hermanos;

— en Lourdes, donde cada año se reúnen en sesión plenaria los obispos franceses, a quienes me complazco en saludar muy cordialmente desde la Sede del Apóstol Pedro;

— en Lourdes, que está preparando el Congreso Eucarístico de 1981. Hemos comenzado a preparar juntos la conmemoración del centenario del primer Congreso Eucarístico Internacional, que tuvo lugar en Lila en 1881.

Sobre todo, quisiera repetir dirigiéndome a la tierra de Francia, a toda la Iglesia que está en Francia: eres bienaventurada por haber recibido la fe ya en los orígenes. No permitas que tu fe disminuya o se desvanezca. Fortifica tu fe. E irrádiala.

Con este espíritu de fe nos acercamos ahora al altar para celebrar el Sacrificio de Cristo, el Sacrificio del Pan que consagramos y partimos por la vida del mundo (cf. *1 Cor* 10, 16; *Jn* 6, 51). Es el tema del Congreso Eucarístico que estancos preparando juntos. Por la vida del mundo, por la salvación del mundo. Amén.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana